

VECINOS: UN BARRIO PARECIDO AL INFIERNO O EL CASTIGO DE LA RISA



Vecinos (1985), tercer corto documental del hoy consagrado realizador y crítico audiovisual Enrique Colina, constituye uno de los ejemplos más eficaces y coherentes dentro del vasto repertorio temático de un creador que siente, primero como ciudadano, y luego, como esteta. De ahí el alcance de esta obra en medio de un distendido proceso de transformación

social en el que el cine devino catalizador importante a la hora de movilizar la conciencia de un pueblo «revolucionariamente» indisciplinado, exigente y, al mismo tiempo —valga la paradoja—, conformista.

Lo primero que identifica a Colina como cineasta es su sentido de pertenencia hacia la cultura cubana, entendida como sistema de valores asociado a los conflictos perennes de la cotidianidad, jamás vista como folclorismo vano y pintoresco, sino como base para una reflexión crítica de alto valor antropológico sobre aspectos cruciales que definen nuestro carácter como Nación. De ese nivel de compromiso con la realidad y un sentido del humor bastante cáustico que roza la hipérbole (a mi juicio, una fórmula de éxito en busca de la risa intuitiva y cómplice), surge con fuerza este documental.

El título alude ya de forma directa a esa compañía ideal y auxiliadora que deben constituir los vecinos en todas partes; sin embargo, aquí se nos presenta el lado negativo y molesto del fenómeno, precisamente cuando no existe la cordura ni se observan las más elementales normas de civismo. A juzgar por el documental, las mismas tendencias antisociales que en la

183

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50

década de los años ochenta se basaban en la desconsideración y el daño «involuntario» al prójimo, perviven en la actualidad como inalienable marca idiosincrática.

La cámara escruta a los vecinos en su intimidad, por lo que la mayoría de los planos registran situaciones generalmente ignoradas, mediante el uso de ventanas abiertas que garantizan el acceso del espectador al mundo intrafamiliar; donde el cotilleo entre balcones aparece como emblema de nuestra cultura y principal generador del malestar ajeno. Dichos elementos hacen evidente —a ratos— la puesta en escena, mientras confirman una vigilancia tan oportuna como sutil, que llega a percatarse, incluso, del breve instante en que de lo alto de un edificio (fragmento exquisito, metáfora del descuido y la negligencia rampantes) una madre limpia a su hijo lanzando el papel higiénico a la calle; luego vemos con asombro y un poco de fatiga cómo este sobrevuela durante varios minutos la ciudad.

Se trata de una obra de fuerte vocación reporteril que dirige principal atención a las entrevistas de los inquilinos afectados por las situaciones de indisciplina en las áreas de uso común. Se hace referencia a las circunstancias desfavorables de vivir «abajo» cuando todos los desperdicios caen libremente en detrimento de la higiene colectiva, la tenencia de animales domésticos de todo tipo (Colina sitúa allí un mono y un par de leones, pues le divierte la exageración); el ruido ocasionado por las fiestas a deshora, los niños llorando, la televisión y la radio a un volumen excesivo (al punto de dejar sorda a una anciana); situaciones hilarantes, pero insostenibles como modo civilizado de vida.

Mediante un paisaje costumbrista donde no falta el choteo, lo que se cuestiona es la inoperancia de aquellas entidades reguladoras, cuya función básica es velar por el establecimiento del orden público, y que, sin embargo, permiten la violación sistemática de las normas de convivencia legisladas, bajo los síntomas de «una irresponsable permisividad». Todo esto amenizado a partir de los movimientos de una cámara especialmente lúdica que danza al compás de la banda sonora, donde se escuchan pistas musicales de moda como *Habana, paraíso encantado*, entre otras, empleadas como recurso irónico para hacer alusión directa a una realidad hostil.

En un momento le escuchamos decir a una de las entrevistadas una frase muy popular: «El respeto al derecho ajeno es la paz», equivalente prehistórico de otro *slogan* mucho más contemporáneo: «La armonía entre vecinos consolida la unidad del barrio». Pero Colina posee ya desde este momento tan prematuro en su carrera una marca de estilo que consiste en mostrar un amplio tejido referencial, no en vano utiliza fragmentos del *Noticiero Nacional de Televisión* donde aparece José Rubiera, muy joven entonces, pronosticando un tiempo difícil para la capital (este es solo un guiño de naturaleza humorística), así como varias escenas del cortometraje silente en blanco y negro *La calle de la paz* (1917) de Charles Chaplin, utilizado como pretexto

para imponerle un doblaje criollo y hacer burla crónica a la desidia y al caos ciudadano.

En resumen, *Vecinos* es un corto documental que trasmite de forma didáctica un mensaje de bien público desde la problematización del fenómeno (una tirante y caótica relación vecinal), mediante la sátira costumbrista y una estética risueña.

RUBENS RIOL HERNÁNDEZ

185

CUBANO

DE CINE

AÑOS

50